

La utilidad de lo inútil

José Manuel Flores Eudave*
Director Académico de Ágora Humanidades & Cultura
jfloreseudave@gmail.com

Revista Cultura Económica

Año XL • N°104

Diciembre 2022: 81-93

<https://doi.org/10.46553/cecon.40.104.2022.p81-93>

Resumen: Desde hace varios años en Hispanoamérica vienen desapareciendo de la enseñanza de nivel medio y superior la filosofía y las humanidades. Este fenómeno no es extraño en una cultura utilitarista y global en la que priman los saberes técnico-prácticos sobre la filosofía, la historia, el arte o la literatura. El objetivo de este ensayo será mostrar de forma breve que estos saberes considerados inútiles, en el fondo son los más necesarios para el pleno desarrollo personal (Ordine, 2013; Komar, 2021) y social (Nussbaum, 2010). Y cómo ciertos valores propios de estos saberes como la verdad, la belleza y el bien son exigencias propias de la naturaleza humana (Komar, 2021).

Palabras clave: humanidades; ocio; contemplación; industria académica; artes; utilitarismo

The usefulness of the useless

Abstract: For several years in Latin America philosophy and the humanities have been disappearing from middle and higher level education. This phenomenon is not strange in a utilitarian and global culture in which technical-practical knowledge prevails over philosophy, history, art or literature. The objective of this essay will be to briefly show that this knowledge, considered useless, is basically the most necessary for full personal (Ordine, 2013; Komar, 2021) and social (Nussbaum, 2010) development. And how certain values of this knowledge such as truth, beauty and goodness are demands of human nature (Komar, 2021).

Keywords: humanities; leisure (free time); contemplation; academic industry; arts; utilitarianism

I. ¿Las humanidades, la solución o el problema?

Es por demás sabido que la filosofía y las humanidades atraviesan una grave crisis a nivel global. Para muchos gobiernos e instituciones del sector público y privado estos saberes son considerados innecesarios e incapaces de responder a las exigencias de un mundo global y digital que requiere habilidades y soluciones prácticas. Es por esta razón que en los últimos años en Hispanoamérica se han venido eliminando las humanidades de los planes educativos tanto en instituciones públicas como privadas.

En las últimas dos décadas en gran parte de los países europeos las reformas y los recortes han dañado grandemente la educación. Hace unos años en España la filosofía dejó de ser obligatoria y de forma progresiva en toda Europa se han ido retirando apoyos que incentivaban principalmente la enseñanza y la investigación de las humanidades en las universidades públicas (Ordine, 2013: 77-78).

En Latinoamérica por lo general los programas de nivel medio y superior no contemplan una formación en humanidades, y la educación privada se ha hecho esclava del rédito económico (Nussbaum, 2010: 20), *las universidades funcionan como empresas* sujetas a la lógica y a las leyes propias del mercado: oferta y demanda, réditos y ganancias antes que la calidad de la educación y la formación integral y universal que se supone deberían brindar a sus *alumnos* (Ordine, 2013: 79-81). La función de la universidad se ha reducido a producir profesionales competentes para el mercado laboral cuando debería procurar también formar ciudadanos libres capaces de participar de forma lúcida y activa en una democracia (Nussbaum, 2010: 29).

Además se ha venido insistiendo desde la pedagogía, y este no es un tema menor para nuestro análisis, que lo más importante en el proceso educativo es desarrollar habilidades prácticas en los alumnos y que por lo tanto el “*saber hacer algo*” está por encima y es el fundamento de “*lo que se enseña*”. Este enfoque pragmatista de la educación viene en demérito de la filosofía y de las humanidades para las que “*el ver*” “*el contemplar*” es el fundamento de toda acción.

Por esta mercantilización y pragmatismo educativo es cada vez más difícil garantizar la calidad de la educación universitaria (Nussbaum, 2010: 152-153), y que los alumnos egresen de la universidad con una formación sólida, con un pensamiento crítico, y con la capacidad de comprender el

mundo de forma global. Habilidades y virtudes que aportan precisamente la filosofía y las humanidades y que son necesarias entre otras cosas para una sana vida democrática.

Sin embargo, para el periodista e historiador Andrés Oppenheimer, en Latinoamérica las humanidades no son una solución a los problemas sociales sino parte del problema (Oppenheimer, 2013: 21-22). Le preocupa que, por ejemplo, en universidades públicas como la UNAM había en el año 2007, 1,000 estudiantes de Historia y solo cerca de 300 en Ciencias de la Computación, o que en la Universidad de Buenos Aires en el año 2006 había 29,000 estudiantes de Psicología por solo 8,000 de Ingeniería.

Para el autor algunos gobiernos latinoamericanos invierten mucho para subvencionar carreras de humanidades y muy poco en ingenierías o ciencias aplicadas, contrario a lo que sucede en países como Singapur, China, Corea o la India, en donde se promueven las ciencias aplicadas y las ingenierías y se limita el acceso a las humanidades a los mejores alumnos. Por esta razón nuestros países son poco competitivos en la escala global, y en cambio los asiáticos han mejorado significativamente sus economías y son líderes en desarrollo tecnológico e innovación (Oppenheimer, 2013: 21-22).

Según el dilema propuesto parecería que tendríamos que elegir entre dos opciones excluyentes: desarrollo científico o desarrollo cultural, innovación o pensamiento crítico, progreso económico o formación integral de la persona. Está claro que para el autor hay una clara primacía del desarrollo técnico-científico sobre los saberes humanistas, los cuales deberían subordinarse a aquel. Bajo esta lógica un ingeniero sería más importante que un filósofo, un carpintero que un poeta, o un obrero que un historiador.

No nos detendremos a analizar la anterior valoración, solo nos limitaremos a decir que este análisis termina siendo reduccionista, primero porque no se detiene a analizar de forma concisa y minuciosa las circunstancias particulares de cada país en cuestión, y segundo porque propone un falso dilema entre opciones que no deberían ser excluyentes, así una sociedad que apunte a la innovación y a la cultura emprendedora tiene en la filosofía una base sólida para desarrollar el pensamiento crítico y para aportar criterios éticos que sean el fundamento de toda acción.

II. El utilitarismo como actitud ante la realidad

Luego de viajar por varios planetas, el Principito quedó un poco desconcertado. En uno de ellos gobernaba un rey que solo le interesaba tener súbditos para darles órdenes, pero por lo mismo se sentía muy solo; otro estaba habitado por un vanidoso que solo quería ser visto y admirado, por lo tanto no tenía amigos sino admiradores; en otro había un hombre de negocios muy ocupado que solo tenía tiempo para contar estrellas que creía poseer. El Principito se sorprendió que la gente grande fuera tan extraña, que no se dieran tiempo para contemplar las cosas verdaderamente esenciales; para pasar tiempo con los amigos, o para admirar la belleza de una flor o de un paisaje (De Saint Exupery, 2001).

Esta sencilla historia posee una profundidad y una riqueza simbólica extraordinaria, el Principito está decepcionado porque estos personajes ven la realidad de forma utilitarista, solo buscan un beneficio propio, su razón instrumental cuantifica, ordena, manda, pero no tienen la capacidad de ver lo esencial, están ciegos y son torpes para entender el sentido profundo de la realidad. En otro memorable pasaje, el zorro le dice al Principito que los hombres ya no se detienen, siempre están ocupados para tener (ritos), para crear lazos.

Por lo general nos cuesta reconocer el valor de las humanidades y de todos los valores culturales y espirituales porque estamos muy impregnados de actitudes utilitaristas, es decir, queremos que lo que aprendemos tenga necesariamente implicancias prácticas, *aprender para poder hacer*. Es habitual que en la clase de filosofía los alumnos pregunten *¿y esto para qué me sirve?* Esto no es culpa de los alumnos, el predominio de los saberes técnico-prácticos y la actitud utilitarista conquistan cada vez más ámbitos de la cultura:

La enseñanza de la escuela considerada solamente desde el punto de vista utilitario, es una enseñanza que carece de valor. Sirve para pasar el año, sirve para pasar el examen, sirve para llegar al diploma, pero nada interesa por sí mismo. Cuando nada interesa de por sí, no hay percepción ni de valor, ni del sentido [...] el mundo aparece como algo a ser dominado y manejado por nosotros, cómo los hombres después no van a querer manejar a la esposa o al compañero de trabajo con el cual tienen que colaborar. Todo es utilizable. El utilitarismo ha vaciado la cultura pero recién se encuentra en germen y cuando esta tendencia llegue a sus últimas consecuencias será terrible (Komar, 2015b: 14).

Es muy común que al elegir una carrera universitaria el primer criterio sea el rédito económico. Y como bien reflexiona Nuccio Ordine (2013), si los alumnos eligen una carrera para hacerse ricos y no porque les apasiona o porque en ella pueden desarrollar una auténtica vocación, entonces se entiende porqué tenemos tan altos niveles de corrupción en todos los sectores de la sociedad.

En las relaciones interpersonales el utilitarismo, usar al otro como un objeto, es una actitud muy presente en nuestra cultura; sin embargo, es la puerta directa a la insatisfacción y al fracaso. En *A puerta cerrada*, una famosa obra de teatro escrita por Sartre (2017), los tres personajes principales han muerto y se encuentran en una habitación que creen es la antesala del infierno.

Los tres se miran desconfiados y comienzan una larga conversación en la que cada uno buscará ganar la atención de los demás. Mientras conversan se van entretejiendo juegos de seducción y se dan cuenta que la mirada de los otros es siempre una mirada de posesión, los otros quieren apoderarse de mí, los otros me quieren volver un objeto. Casi al final de la obra llegan a la conclusión de que no están a la espera del infierno, sino que ya están de hecho viviendo el infierno porque “*el infierno son los otros*”, la mayor agonía no es el fuego o las torturas físicas sino vivir por toda la eternidad con otros.

Este infierno se vive cuando en las relaciones impera una actitud utilitarista y no existe un interés genuino y desinteresado hacia el otro, cuando solo busco mi beneficio y solo voy hacia el otro por lo que este me pueda aportar, en el fondo el utilitarismo termina fragmentando toda relación en la medida que uno de los dos se percibe como un simple objeto de uso.

Esta actitud se puede observar también como señala Byung-Chul Han (2017, 30) en la relación que tiene el hombre contemporáneo consigo mismo, para el autor el *sujeto de rendimiento*, el *animal laborans* de nuestro tiempo se autoexplota a sí mismo creyendo realizarse, y lo que le sucede es que se siente cada vez más frustrado e insatisfecho, se entiende así el creciente aumento de trastornos como la depresión o el síndrome de *burnout*.

Por eso vale la pena señalar que hay algo de inauténtico y superficial en esta actitud utilitarista que a la larga viene en detrimento de la sociedad en general, de la cultura, de la política, de la educación, de las relaciones interpersonales y hasta de la propia vida. El problema del utilitarismo como actitud de vida es que nos aleja de la riqueza de lo real pues no nos permite

ver en profundidad, solo vamos a la superficie, a lo que sacia nuestro deseo de bienestar, de placer o de poder:

Si no hay interés por la cosa, el interés adicional por el dinero, por la fama, por el prestigio, no sirven. Cuando la cultura, la enseñanza se toma en sentido utilitario, deja de ser enseñanza. Falta vida interior, falta espíritu, es todo cálculo. El cálculo es algo racional pero es lo más bajo de lo racional. No implica percepción del valor, del sentido, un acto de amor, de verdadera intelección (Komar, 2015b: 14-15).

A la larga el utilitarismo vivido, la actitud de instrumentalizar el mundo a nuestro beneficio hace que las cosas nos resulten insípidas, que la realidad se vuelva gris, porque si nada me interesa en sí mismo sino solo como medio o como instrumento, entonces me voy volviendo impotente para percibir la riqueza de la realidad. Las personas y las cosas solo me interesan por su utilidad y nada más:

¿Qué es aquello que hace que las cosas nos resulten insípidas, sin sabor? Es una visión superficial. Y esa visión superficial es inevitable cuando nuestro interés es meramente pragmático o práctico; cuando las cosas nos interesan en cuanto nos sirven, porque entonces nos interesan como medios, no como fines [...] Las cosas nos interesan por su utilidad y el resto no nos interesa ya (Komar, 1972, 4, clase 30).

III. La utilidad de lo inútil

El utilitarismo como actitud ante la realidad implica una cierta valoración en la que la utilidad es el principal criterio de elección. Sin embargo es preciso señalar que el verbo *usar* implica una acción siempre intermedia en la que tomamos algo como medio para alcanzar un fin. Usamos un auto para movilizarnos o un teléfono para hacer una llamada. Un teléfono que no funciona pierde su valor.

Pero no todas las cosas son útiles, hay cosas que no están para ser usadas sino para gozar de ellas. *Gozar* de una cosa es descansar en ella, es alegrarnos al afirmarla por sí misma y no como medio para conseguir algo más. Es la experiencia de los enamorados que simplemente gozan y se alegran de estar en presencia del otro. El enamorado no busca usar a su enamorada, simplemente la afirma diciendo en su interior “*Qué bueno que existas*” “*Qué alegría contemplar tu existencia*”.

En definitiva, la primacía está en el *gozar* más que en el *usar*, porque lo primero es una actividad que es un fin en sí mismo, y lo segundo siempre un medio para alcanzar algo más. San Agustín insistía que en la realidad hay un orden y un valor objetivo de los seres en el cual algunos son medios y otros fines, de ahí la importancia de no buscar los fines como medios y los medios como fines (San Agustín, 1956: 685). El dinero es el medio más universal y el que todos necesitamos para cubrir nuestras necesidades, por tal razón parece tan absurdo pensarlo como fin y no como medio.

Usamos el auto para poder llegar a la casa de un familiar o de un amigo, usamos un traje de gala para ir a una fiesta, gozamos de la amistad y de los momentos que pasamos con amigos, gozamos de una fiesta, y por eso no tenemos problema en gastar dinero para celebrar con la gente que queremos. En las fiestas no se gana nada, más bien se pierde tiempo y dinero, sin embargo, lo hacemos porque la fiesta es un momento de gozo. Tanto la amistad como la fiesta escapan a la lógica de la utilidad y del rendimiento.

La utilidad de lo inútil parece una contradicción de principio, un simple juego de palabras. Sin embargo, lo que queremos expresar, siguiendo a Ordine (2013), es que del cultivo y del estudio de las humanidades se siguen ciertas “*utilidades*” que aunque no son beneficios prácticos o económicos directos ayudan al pleno desarrollo de la persona, al desarrollo de sus facultades humanas: la intuición, la sensibilidad, la inteligencia o la capacidad crítica, habilidades y virtudes fundamentales para el pleno desarrollo personal y social:

Existen saberes que son fines por sí mismos y que —precisamente por su naturaleza gratuita y desinteresada, alejada de todo vínculo práctico y comercial— pueden ejercer un papel fundamental en el cultivo del espíritu y en el desarrollo civil y cultural de la humanidad. En este contexto, considero útil todo aquello que nos ayuda a hacernos mejores (Ordine, 2013: 9).

¿Para qué sirve la literatura, la historia o la filosofía? Primero hay que señalar que libres de toda pretensión de utilidad son aquellos saberes de los que podemos gozar. Los estudiamos primeramente por la satisfacción que nos traen al conocerlos ya que, como afirma Aristóteles, el deseo de *conocer* es uno de los anhelos más profundos de nuestra naturaleza (Aristóteles, 1994: 69-70). Buscamos por naturaleza *ver, saber, conocer*, y son justamente las humanidades ese conjunto de saberes en los que podemos saciar esa hambre.

Por eso leer un clásico, disfrutar una poesía, intuir una idea filosófica o contemplar la belleza de una obra de arte es similar a la experiencia de celebrar una fiesta (Pieper, 2015: 25-26). Libres de toda pretensión productiva o práctica en la fiesta celebramos la aceptación de la riqueza de la vida en todas sus dimensiones, con sus alegrías y tristezas, con sus imperfecciones y con sus momentos gloriosos. En la fiesta, al igual que en encuentro con una obra de arte o con un clásico, no buscamos utilidades o ganancias, sino que gozamos y celebramos la riqueza de la realidad expresada en palabras, personajes o imágenes.

Y no existe fiesta en soledad, en la fiesta celebramos la alegría de la vida, de la compañía, por eso George Steiner afirma también que en el arte, en la poesía o en la música habitan “*presencias reales*” que nos acompañan y nos hablan a lo más profundo de nuestro interior acerca de la sacralidad, de la belleza y del valor trascendente que posee la realidad. Si tenemos la apertura y la capacidad de recibirlas, estas presencias irrumpen alegremente en nuestro mundo interior (Steiner, 1993: 167).

Por eso me parecía necesario rescatar las ideas de *fiesta y presencia* para valorar la trascendencia y la riqueza de las humanidades para la vida humana. ¿No tienen carácter festivo las sinfonías de *Beethoven* o la maravillosa historia que se desarrolla en *Crimen y castigo*? Y a su vez, ¿cómo negar que la *9a Sinfonía* o el luminoso personaje de Sonia son *presencias reales*?

IV. Las humanidades y la vida interior

En lo profundo del corazón del hombre hay un deseo de verdad, de belleza y de bondad. En la antropología clásica se dice que la inteligencia y la voluntad son las dos facultades humanas, y aunque ambas trabajan siempre juntas porque el ser humano es uno, cada una busca naturalmente su objeto propio; la inteligencia quiere ver la verdad y la voluntad quiere adherirse a lo bueno y a lo bello.

Así en el encuentro con algo verdadero, con algo bello o con algo bueno nos vamos realizando gradualmente, vamos perfeccionándonos, la realización personal es una exigencia propia de nuestra naturaleza. Desde la infancia los niños pueden ir descubriendo ciertas tendencias o inclinaciones naturales: hacia la música, hacia la pintura, hacia algún deporte, hacia la literatura, hacia la filosofía o hacia las ciencias. Sin embargo, es necesario descubrir en la realidad alguna riqueza, algún valor para que se despierten

todas esas tendencias dormidas. Normalmente esto sucede cuando nos topamos con un buen profesor, con un buen libro o con alguna experiencia particular que activó en nosotros alguna virtualidad por realizar:

El hombre no nace como una criatura completa sino que es un cierto esbozo, tiene que hacerse. Toda la naturaleza del hombre reclama esta perfección, quiere completarse, ser madura, crecer, ser verdaderamente hombre, explicitar sus virtualidades, realizarse. Esto que es una exigencia de naturaleza es también un dinamismo, pero es imposible realizarlo fuera de la verdad (Komar, 2006: 41).

De ahí la importancia de despertar todas esas tendencias naturales propias y de hallar sentido en la realidad, porque solo lo que tiene sentido tiene valor, si captamos sentido en la realidad captamos también el valor. Una realidad a la que no le hallamos ningún sentido tampoco le hallaremos valor. Podemos hallar mucho sentido en una vocación profunda, en una relación, en una gran amistad, en un proyecto trascendente, pero también en un libro, en una obra de arte o en una composición musical:

El conjunto de sentidos en el cual vivo es también el conjunto de valores, de vigencias. Si no veo el sentido de las cosas, ni su valor, mi mente carecerá de alimento, no se desarrollará, no vivirá, y mi voluntad y mi afectividad no se sentirán estimuladas por la atracción de los valores. Se creará, si es lícito decir así, un problema energético: todas las cosas serán medios para mí, y el único valor, quizás, que surgirá en ese desierto de valores, seré yo mismo. El único valor será el yo, y éste se constituirá en único fin (Komar, 2006: 19).

Las humanidades tienen pues la capacidad de enriquecernos de sentido. Una persona que ha cultivado la filosofía, la literatura o la historia posee una riqueza interior que no puede serle arrebatada, ni está en riesgo de devaluación. Una persona con vida interior, que posee una rica y profunda cultura de base está mejor preparada para comprender el mundo desde una perspectiva amplia y profunda, sin caer en reduccionismos ni en simplificaciones maniqueas.

Cuando hay vida interior se pueden sortear mejor los infortunios de la vida sin caer en dramatismos exagerados. Cuando hay vida interior se evitan comparaciones superficiales y se está más libre de la codicia que nos lleva a desear de forma desenfrenada bienes materiales, o de la envidia que nos lleva a mirar siempre con desdén y tristeza los bienes ajenos. La persona está centrada y su mayor riqueza es su interior, uno puede ser pobre y ser rico interiormente:

El posesivo es envidioso, susceptible e hipersensible. El que alberga riqueza en su interior no es envidioso [...] El que es rico en su interior sabe que tiene muchísimas posibilidades, y que por más que le roben nunca va a pasarle nada (Komar, 2015a: 37).

Sócrates se la pasó cuestionando irónicamente a aquellos que en las plazas públicas se hacían pasar como sabios, y así nos enseñó el valor de las preguntas. Cuando fue juzgado injustamente por corromper a la juventud decidió morir antes de alejarse de su vocación filosófica y de su vida pública en Atenas. Alejandro Magno durante su vida valoró la formación filosófica que recibió de Aristóteles más que cualquier otro bien, inclusive más que sus habilidades militares. Boecio estando en la cárcel encontró en la filosofía un verdadero consuelo y escribió así su famosa *Consolación de la filosofía*.

La filosofía y las humanidades tuvieron desde siempre la enorme misión de educar a la persona total, no educar para una profesión o para una especialización en particular, sino para formar la personalidad, para tener una visión amplia y profunda sobre la realidad; y es que nos ponen en contacto con las grandes cuestiones que atañen nuestra existencia: la belleza, el amor, la muerte, el deseo de comunión, la política, la educación, la justicia, la felicidad, el mal, Dios y todas esas grandes cuestiones que están siempre presentes y que le dan sentido a nuestra vida.

Es necesaria una visión de conjunto, no utilitaria, para poder tener una mirada amplia y profunda, porque si no corremos el riesgo de reducir la realidad a una parte, a una idea o a una ideología, y no tendremos en cuenta el conjunto, y dentro del conjunto las bases, los fundamentos, lo esencial. Como expresa Emilio Komar el fin de toda educación debería ser llegar no a las apariencias ni a los accidentes sino a lo sustancial, a lo esencial:

La sabiduría es la meta de los estudios filosóficos y teológicos. Es la virtud que permite el no quedarse en los detalles, en una relación fragmentaria o utilitaria con el conocimiento. Es la capacidad de comprender lo global, de tener una visión de conjunto, de interpretar lo particular dentro de un contexto amplio (Komar, 2021: 51).

V. Las humanidades y la democracia

Martha Nussbaum señala que las humanidades son fundamentales para el desarrollo social, especialmente para preparar ciudadanos informados, responsables y con pensamiento crítico que sepan discernir sobre los grandes asuntos referentes a la vida social y democrática (Nussbaum, 2010: 28). El

objetivo de toda sociedad democrática es el ciudadano educado, informado y crítico.

Por tal motivo, para la autora la filosofía y las artes deberían ser los fundamentos de toda educación. La filosofía porque ayuda a formar el pensamiento crítico y la autonomía para distanciarnos de la tradición y de las costumbres heredadas, y las artes (especialmente la literatura) porque aportan una capacidad imaginativa y empática para comprender las ideas y los sentimientos del otro (Nussbaum, 2010: 152-153).

La autora concluye su obra alertándonos que si la educación se sigue orientando solo a la utilidad y al rédito económico se irán debilitando las potencias humanas y se producirá de a poco un suicidio de las almas, y esto pone en riesgo a la misma democracia.

Para nosotros es claro, no puede haber desarrollo integral de una sociedad sin educación, y más precisamente sin una educación que contemple a las humanidades. El hombre no puede ocupar de forma lucida y plena su puesto dentro de la historia sin una visión clara, sin una formación sólida y profunda.

Cuando Ortega describe al *hombre masa* explica que es alguien muy bien instruido (en los saberes técnicos) pero no educado. Es decir no conoce su pasado ni su herencia histórica, no tiene sensibilidad artística y no es capaz de tener un pensamiento crítico propio. Por tal motivo carece de proyecto y va a la deriva, es manipulable porque no se arraiga a nada (Ortega y Gasset, 1983: 48-49).

Ortega escribió *La rebelión de las masas* en 1929 y afirmaba en aquel entonces que si el *hombre masa* toma las riendas de Europa bastarán 30 años para que Europa vuelva a la barbarie. Pero la barbarie de los campos de concentración y exterminio nazis no tardó en llegar más que 10 años.

Cuando esta barbarie terminó la filósofa judía Hannah Arendt fue de corresponsal a presenciar los juicios de Jerusalén en contra del criminal de guerra nazi Adolf Eichmann. Arendt pensó que encontraría a una persona malvada y sádica. Pero su gran sorpresa fue que lejos de ser un sádico, Eichmann era un hombre común y corriente, un oficinista mediocre cuyo error había sido no cuestionar las órdenes, obedecer y dejar que el mal se volviera común (Arendt, 1999).

Eichmann podía firmar por la mañana documentos que autorizaban el envío de trenes repletos de judíos hacia los campos de exterminio, y por la tarde pasar tiempo con su esposa y sus hijos como un esposo y un padre ejemplar. Entonces ¿en dónde estaba el mal? Justamente en esta actitud acrítica, en dejar que las cosas sucedan sin cuestionarlas, en poner entre paréntesis cualquier juicio metafísico y ético sobre lo que es verdadero, bueno o justo para acomodarse de forma pusilánime al poder de turno. En preferir un puesto, una comodidad, una seguridad económica a cualquier tipo de carencia o privación por defender la justicia y el bien común.

De ahí su teoría sobre la banalidad del mal, es decir, el mal realizado siempre tiene algo de banal, de no tomarse en serio y en profundidad lo que pensamos y hacemos. Eichmann era el ejemplo perfecto de lo que Ortega había descrito como el *hombre masa*. Esto nos recuerda las consecuencias devastadoras y trágicas a las que puede llegar una sociedad que va aniquilando la historia, la filosofía o la literatura. Al aniquilar las humanidades se aniquila *el carácter festivo de la vida* y se aniquila la *presencia del otro*.

VI. Consideraciones finales

A mi modo de ver la finalidad de la educación en general y de la universidad en particular debería ser no solo preparar profesionales técnicamente capacitados, sino formar ciudadanos libres, con un pensamiento crítico y con una rica y profunda vida interior. Las humanidades son las encargadas por excelencia de cumplir esta noble misión, le dan sentido y significado a la vida, y con su ayuda podemos construir un mundo en el que valga la pena vivir.

Sin embargo contrarias a la cultura utilitarista y a la sociedad del rendimiento que reclama un producir constante, son saberes que reclaman detenimiento, profundización, lectura lenta, rumiar, re-leer, pensar, profundizar, cuestionar y todo esto atraviesan en nuestra época una grave crisis.

No sólo de pan vive el hombre. Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro. Y yo ataco desde aquí violentamente a los que solamente hablan de reivindicaciones económicas sin nombrar jamás las reivindicaciones culturales que es lo que los pueblos piden a gritos. Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan. Que gocen todos los frutos del espíritu humano porque lo contrario es convertirlos en máquinas al servicio de Estado, es convertirlos en esclavos de una terrible organización social.

Yo tengo mucha más lástima de un hombre que quiere saber y no puede, que de un hambriento. Porque un hambriento puede calmar su hambre fácilmente con un pedazo de pan o con unas frutas, pero un hombre que tiene ansia de saber y no tiene medios, sufre una terrible agonía porque son libros, libros, muchos libros los que necesita y ¿dónde están esos libros?

¡Libros! ¡Libros! Hace aquí una palabra mágica que equivale a decir: ‘amor, amor’, y que debían los pueblos pedir como piden pan o como anhelan la lluvia para sus sementeras.¹

Referencias Bibliográficas

- Arendt, H. (1999). *Eichmann en Jerusalén*. Lumen.
- Aristóteles (1994). *Metafísica*. Gredos.
- De Saint Exupery, A. (2001). *El principito*. Salamandra.
- Han, B. C. (2014). *Psicopolítica*. Herder.
- Han, B. C. (2015). *El aroma del tiempo*. Herder.
- Han, B. C. (2017). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Komar, E. (1972). *La filosofía del hombre en San Agustín* (inédito), clase 30.
- Komar, E. (2006). *La verdad como vigencia y dinamismo*. Ediciones Sabiduría Cristiana.
- Komar, E. (2007). *La estructura del diálogo*. Ediciones Sabiduría Cristiana.
- Komar, E. (2015a). *El espíritu de pobreza a la luz del pensamiento contemporáneo*. Ediciones Sabiduría Cristiana.
- Komar, E. (2015b). *Enseñanza y vida interior*. Ediciones Sabiduría Cristiana.
- Komar, E. (2021) *La vitalidad intelectual. La lucha por la identidad*. Ediciones Sabiduría Cristiana.
- Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz Editores.
- Oppenheimer, A. (2013). *Basta de historias. La obsesión latinoamericana con el pasado, y las 12 claves del futuro*. Debolsillo.
- Ordine, N. (2013). *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*. Colección: Acantilado Bolsillo. Acantilado.
- Ortega y Gasset, J. (1983). *La rebelión de las masas*. Círculo de Lectores.
- Pieper, J. (2015). *Solo el que ama canta. El arte y la contemplación*. Encuentro.
- San Agustín (1956). *Obras de San Agustín. Tomo V. Tratado de la Santísima Trinidad*. BAC.
- Sartre, J. P. (2017). *A puerta cerrada*. Losada.
- Steiner, G. (1993). *Presencias reales*. Destino.

¹ Discurso inaugural de García Lorca en 1931 en la biblioteca de su pueblo natal Fuente Vaqueros, Granada.